

“La bellota también se cogía pa que no se pudriera, se quedaba pa cuando se acabara la del suelo. [...] antes de entrar los cochinos en una cerca pos se le quitaban las más gordas, las mejores, y esas las encerrabas y luego después se le echaba a los cochinos. Como no había harina, se remataban los cochinos con la bellota. Porque la bellota cuando llega una época ya que se viene el agua... si hay yerba se pudren y si no hay se asolanan del to, se ponen secas y por eso había que cogerlo. Y además porque no valía na, a lo mejor se ganaba una mujer cinco pesetas apañando. Ese era el jornal.”

B. J., Fl.

“Si hacían falta pa guarros, se cogían las bellotas, entonces los obreros no valían na y la bellota se cogía casi toa, y cogiéndola antes de entrar el ganao las mejores pa que no las retalearan ni na de eso.”

M. M., Bd.

Al estar destinada la bellota al cochino, había que evitar que otros animales la aprovecharan, al menos intensamente, por lo cual se evitaba su acceso a las parvas. Ahora bien, el resto del ganado precisaba terreno para pastar, por lo cual se le llevaba a donde hubiera menos bellota, a una cerca u hoja que hubieran ya aprovechado los cochinos o donde se hubiese cogido la bellota

Cuando había mucha bellota y las condiciones climatológicas, el exceso de humedad sobre todo, podían hacer peligrar una parte de la cosecha que estuviese en el suelo, se recolectaba el fruto. También se buscaba apañar las bellotas de encinas próximas a las lindes, para evitar robos o incursiones de ganado ajeno a la finca. Se cogía preferentemente también la bellota próxima a los barrancos, para que no se la llevase el agua. En los sembrados, el ganado podía entrar normalmente hasta diciembre, concretamente hasta el día de la Inmaculada (llamada en algún pueblo la Virgen de la montanera), y siempre que el suelo no estuviese embarrado, pero podía suponer algún problema, de ahí que en los sembrados conviniese coger la bellota. Igualmente podía cogerse de lugares de difícil acceso para el ganado, por ejemplo el matorral. Por otra parte, puestos a coger, se buscaban aquellos lugares donde hubiera más cantidad de bellota y mejor, para que el rendimiento del trabajo fuera mayor. A veces se hacía guardados de bellota, donde no entraban los cochinos, con el fin de obtener una buena cosecha de un lugar que tuviera mucha bellota, donde hubiera buenas parvas. En fincas pequeñas se buscaba coger las bellotas de las encinas que tuvieran más bellota. Salvo excepciones, la bellota que se cogía era la de encina, ya que en todas las fincas en que había alcornoques había también encinas y su bellota era de mayor calidad.

La cogida podía comenzar a partir de octubre, sobre todo allá donde lo prioritario era ir dando paso a los rumiantes. En estos casos había que varear la bellota, pues estaba en el árbol. A partir de noviembre, en la plena producción de la bellota, el vareo menguaba y se cogían las parvas del suelo, lo que disminuía el riesgo de deterioro de la cosecha y suponía menor coste para los dueños, al no pagar el vareo. De caer la bellota se encargaban sólo los hombres con varas y

trangallos, de álamo o chopo allá donde no había castaños:

“El vareo es con una vara con un trangallo, que es una vara más larga con una mortaja arriba. Le ponías un cordel y en la punta del cordel ponías otro palo así más menúo y ese era el trangallo pa las encinas grandes. Si tenías que subir, con la subiera, una vara más chica.”

H. R., Cv.

“[Las varas] eran de chopos o de eucaliptos y se les ponían trangallos, un poquito torció mejor que derecho, y llegabas a la altura que fuera y no se tenía que subir el tío. Eso se pone y se quita a la vara. Las varas se guardaban de un año pa otro, se colgaban en los tinajones, en las puntas o algo, y esas de las bellotas eran más gordas y fuertes que las de los olivos.”

B. N., Ci.

“Entonces. si necesitabas alguna cosa ibas a la feria de Fregenal, ahora ya se va a la de Zafra. Se vendían cacharrillos de esos, varas de varear los olivos, en el rodeo, por la Mandanga. Yo era zagalino y iba con mi padre y compró mi padre una vez, porque eso lo tenían por haces, las varas, y escogías la que querías. Mi padre compró dos haces pa luego venderlo a ver si se ganaba el durillo, y las vendía. Unas pa varear bellotas, porque las de bellotas tienen que ser una mijita más gordas. Esas varas serían de Cabeza la Vaca o por ahí porque eran de castaños. Lo que hacen es que injertan en el castaño una púa de esas -yo no lo he visto nunca, no lo se- y se hace una vara. Ahora son de ocalitos [eucaliptos], entonces eran de castaño. Las de castaño son varas especiales [...] pero que las varas de verdad son esas, las de castaño. Venían preparás, que le quede la corteza, porque como la quites la corteza y le quede el corazón se rompe de momento, pero que las de ocalitos le pasa eso, y las otras venían preparás y ya se le quita la hebra y ya se queda igual. Entonces no venía ni un tío sin una vara, pa las aceitunas o las bellotas o lo que fuera.”

C. M., Bd.

En las fincas pequeñas eran sus dueños los que vareaban y cogían, aunque el bajo precio de la mano de obra y la rentabilidad de la bellota hacían que incluso en éstas se buscara a algunas mujeres para coger. A medida que aumentaba el tamaño de la explotación iba apareciendo mano de obra asalariada, llegando a conformar cuadrillas de unos cuantos hombres y un buen número de mujeres o, menos frecuentemente, de zagalones, los dos tipos de mano de obra más barata.

“Cuadrillas de quince y veinte mujeres cogiendo bellotas, y quedarse un mes o dos en los cortijos, por cuatro perras. Los hombres na más que pa lidiar con los costales, y pa varear, pero ya a última hora se cae la bellota sola....”

C. J., Mn.

“Pero siempre había... por lo menos dos hombres iban con nosotras, pa los costales, pa echarlo en las bestias, pa llevarlos al cortijo....”

R. D., Mn.

En fincas grandes se solía buscar para el vareo a los jornaleros más recurrentes en las fincas. Menos frecuente era que vareasen o cogiesen bellota trabajadores fijos que no estuviesen en otros atenderes, como era el caso de algún mozo de mulas, sobre todo en la parte occidental donde había menos cultivos.

“Si salía el día malo nos echaban a arrancar monte o a coger bellotas por los barrancos pa que no se las llevara el agua.”

M. F., Cl.

Las *cogeoras* o *apañoras*, como se llamaba a las mujeres que cogían la bellota según los pueblos, eran en primer lugar de la familia de los empleados fijos, la mujer o las hijas del porquero, pastor, casero, guarda, etc. Luego, se buscaba a jornaleras del pueblo. En ocasiones, eran las mujeres de explotaciones campesinas linderas con grandes explotaciones las que iban a coger. En algunos casos, pocos desde luego, las mujeres se quedaban en el campo, en cortijos alejados.

“Los ricos casi tos tenían cuadrillas. Nos daban dinero, o garbanzos... nos quedábamos en el cortijo, un mes y dos, nos íbamos a principio de... pa To Santos, y nos veníamos después de la Pura. Te levantabas cuanti que quería ser de día, a desayunar y al rancho, hacías una candela, pa calentarse de vez en cuando la que no pudiera resistir, que eso no lo permitía tampoco, como te daba medio vergüenza te calentabas una mijina las manos, venga, to el día cogiendo bellotas. La vida se la cuentas a los muchachos como tú y la mitad de la vida no se la creen.”

R. D., Mn.

La retribución era el jornal, cosa que a las fincas les suponía un escaso coste, primero porque empleando a mujeres pagaban menos dinero que si se tratara de hombres y, en segundo lugar, porque en ese tiempo la demanda de mano de obra era bastante menor que, por ejemplo, en tiempo de arranque de las cosechas. En algunos, casos, además del dinero, se las dejaba que llenaran el bolso de la merienda con bellotas.

La temporada de cogida podía empezar en octubre, más bien noviembre, y durar hasta enero, o en casos raros febrero. Ahora bien, en cada finca no eran muchos los días que se dedicaban a la cogida, no era frecuente que se estuviese, por ejemplo, más de un mes, salvo en fincas de enorme extensión. De esta manera, las mujeres iban, allá donde era el caso, de la castaña a la bellota para luego pasar a la aceituna, más perecedera, y podían volver otra vez a la bellota.

El manijero se encargaba de las tareas habituales de esta función en las otras labores en cuanto a control del personal, o de preparar la candela, y además podía también abrir y cargar los costales. A veces, ante cualquier contingencia, como mal tiempo, o por ejemplo algún día de fiesta, podía por ejemplo fijarle a las *cogeoras* una *tarea*, una determinada cantidad de bellota que coger para poder terminar el día: “*Cuando cojáis un saco más os podéis ir*”. Tanto los manijeros como

los dueños que estuviese al cargo de las mujeres eran quienes marcaban el ritmo de trabajo, con mayor o menor severidad:

“Había uno malo que se murió ya. Cuando llevaba mujeres a coger bellotas le pasaba igual, las tenía que no las dejaba ni mear, estaba siempre delante de ellas. Dos fincas tenía aquí mu buenas. Ese fue al que cogieron los Tripas”<sup>16</sup>

B. N., Cl.

Una modalidad del trabajo a jornal era el destajo, fijando una cantidad de costales por jornada, o también a medias o a la tercería. Otro tipo de contrato, menos habitual que el jornal, era coger la bellota *por cuenta*, dependiendo de la cantidad que se cogiese, a esto le llamaban en algunos sitios *a los sacos* o *a los kilos*, pagándose una cantidad determinada por cada costal. Esto permitía que algunas personas de las fincas, empleados o familiares de éstos, cogieran bellotas sin tener que estar todo el día en ello, sino a ratos sueltos. Cuando era así, cogían la bellota tanto mujeres como hombres.

“Era por cuenta y las pagaban a gorda, poniéndonos en sitios malos y cuando el manijero se descuidaba, porque éramos unas pocas de partías, nos metíamos a los llanos a cogerlas porque en barrancos con tantas matas, orgazos y to, ¿qué ibas a sacar?, y cuando se daban cuenta ya teníamos lleno un saco de las buenas. El [manijero] también lo sabía, pero sabía que había que sacar el jornal.”

M. F., Cl.

“A la hora de coger bellotas se llamaban a las mujeres. Cuando había muchas de coger se buscaban también hombres, que se apañaban por costales, que entonces no era por kilos.

A. J., Fl.

“En el tiempo del apañijo, la mujer y los hijos del casero y de los porqueros apañaban allí. Eso era por costales, si cogían cien costales se lo pagaban a tres, cuatro o cinco pesetas el costal y tantos costales cogían, tanto le pagaban, otra entrada que tenía el porquero o el casero.”

B. J., Fl.

La recolección de la bellota era una tarea penosa las más de las veces. Tengamos en cuenta que se hacía en tiempo de frío y heladas, a veces de lluvia o sobre terrenos embarrados, lo que hacía especialmente duro este trabajo en los sembrados. Por ello las mujeres, para calentarse las manos, usaban piedras que calentaban en las candelas. Para los dedos usaban en algunos pueblos una suerte de dedales, *los deíles*, hechos precisamente con la cáscara de las bellotas.

---

(16) Los “Tripas” era el nombre que en algunos pueblos daban a los maquis, debido a que por estas tierras anduvo una partida de la guerrilla antifranquista que capitaneaba José El Tripa.

Las bellotas se transportaban en carros o bestias a los cortijos o cerca de las majadas o zahurdones donde estuviesen los guarros gordos y a allí se extendían en el suelo, en un espacio que había sido barrido. En pocos casos se hacía un bellotero, un espacio cercado por estacas y monte. Las bellotas se extendían en el suelo para que se soleasen, se oreasen y no retoñecieran, procurando que no estuviesen unas encima de otras para que no cogieran humedad y pudriesen. Para ello se hacían cordones de bellotas, para ir volteándolas con palas y cambiándolas de posición. Una vez perdida la humedad, cuando se ponían *arvellanás*, se podían guardar sin miedo a que pudrieran. Podían almacenarse en naves o salones, en los *doblaos* por ejemplo, para luego ir echándola a los animales cuando lo fueran requiriendo, cuando ya estuvieran muy gordos y tuvieran problemas para desplazarse o el hacerlo les supusiera pérdida de peso. Así se les remataba.

“Las bellotas se guardaban en el doblao o en una nave del cortijo. Se le daba vueltas pa que no echen retoños ni se cuezan. Estas son las de encina. Las de alcornoque le sale retoño estén como estén, se conservan así frescas y no se le puede dar vueltas porque se seca el retoño y se seca la bellota. Y la de encina no echa retoño, entonces cuece y se pudre y por eso hay que darles vueltas.”

D. F., Sl.

Allá donde había castañares, se podía hacer perder la humedad a la bellota en los zarzos, o lugares en los que se colocaba las castañas sobre unas tablas bajo las cuales se hacía candela, como se describe en el capítulo relativo al castañar, pero no era algo habitual. Además, había algunos problemas con las bellotas en los zarzos.

“También se usaba enzarzar bellotas, en menor dimensión que pa castañas porque se caían mucho p’abajo por las rajillas porque la bellota es más menúa que la castaña.”

C. M., Cv.

Aunque no era frecuente, en algunas fincas se vendían bellotas, cuando se calculaba que sobrarían. Los corredores locales estaban al tanto de ello para adquirirla por encargo de gentes de fuera. Veces había en que la bellota vendida por los dueños de las fincas terminaba en los mismos circuitos de la bellota robada, de la que hablaremos más tarde. Alguna de ella, no mucha, iba de la sierra a la campiña, pequeñas cantidades a pequeños propietarios.

“De allí venían cargaos de bellotas [...] de los alcornokes trajo mi padres muchas veces de Santa Olalla pa los cochinos porque valía mu pocas perras entonces. Y llevaban pa’llá [chochos] y p’acá traían de aquello, de alcornokes, más baratas que las otras”.

N. J., Mt.

Pero en torno a la bellota giraba otro aspecto de la economía que no era el

del cebo de los cerdos de las propias fincas o la venta por sus dueños. Nos referimos al robo de bellotas por los jornaleros, un hecho de gran importancia. En efecto, en todos los pueblos se daba esta práctica, llamada en algunos sitios corriqueo y a quienes la realizaban corriqueos, corriqueños o belloteros<sup>17</sup>. Las gentes de la clase trabajadora de los pueblos, hombres, mujeres y niños, cogían bellotas furtivamente en las fincas para alimentar a los cochinos que tenían en sus casas o para venderlas a las personas que los tuvieran, a veces propietarios de fincas sin bellota o incluso a dueños de dehesas pequeñas e incluso a veces no tan pequeñas.

“Casi tos tenían guarrillos y estaban en los corrales esos de los caminos y luego iban a corricar alreó de allí y les echaban bellotas o castañas o higos y, claro, lo cogían to de las fincas grandes, ¿de dónde lo iban a coger?. Iban al corrico de las fincas grandes y personas pa comer en su casa también había aquí que corricaban pa comer. Había una pandilla de gente que iban a corricar porque, ave, entonces no había pa comer, no te buscaban pa trabajar y ¿dónde ibas a ir?, pos por bellotas y luego ¿quién se las compraba?, pos el que tenía ganao. El que tenía guarros pos le compraba la bellota a menos precio que valía. Si el propietario te la vendía por ejemplo el kilo en aquellos entonces a peseta, pos los corriqueños te la vendían a dos reales, porque no le cuesta na. Había hombres y mujeres casaos, y familias. Por castañas, y por higos que se echaban a los corrales a los guarros ...”

H. R., Cv.

“Entonces la gente iba por la cuartillilla de bellotas pa venderla pa comprar el pan. Se la vendía al ricachón o a mí mismo que tenía cuatro guarros y tenía que comprarla. Y como me la ponía más barata, yo se la compraba, que to eso estaba protegío, y si se enteraban te achuchaban. Cualquiera daba el soplo. Los guardas a lo mejor le daban parte a la Guardia Civil, o al amo.”

M. F., Cl.

Había también bellota robada que salía para fuera, a través de intermediarios que la compraban. La bellota fue también, aunque en menor medida que otros productos, una de las mercancías que entraban en las rutas del estraperlo y había quienes iniciaban el ciclo del mercado negro yendo por bellotas para venderlas y poder comprar alguna carga de grano que estraperlar.

Individualmente o en grupos, las gentes entraban en las fincas, normalmente en las próximas a los pueblos, pero podían hacerlo también en otras lejanas por razones diferentes: porque estuviesen menos vigiladas; hubiera más bellota o sólo allá quedase; por suponer menos compromiso para ellos si los cogían allí, etc. Cogían las bellotas del suelo y, en menor medida, las llegaban a varear. Casos

(17) Corriqueo es una palabra que se aplicaba al ganado, más concretamente a los cochinos cuando, sobre todo al principio de la montanera en que hay muy poca bellota en el suelo, recorren toda la finca buscando de encina en encina algún fruto caído. Podríamos decir que corricar es ir aprovechando o cogiendo al paso, de un lugar a otro sin apenas parar. También se aplica este verbo a la persona inquieta, que van de un lado a otro, y así se puede oír decir a alguien “¡lo que corrica!”. En algunos pueblos, sobre todo del occidente, corricar quiere decir también rebuscar, ir cogiendo donde ya se ha apañado, la aceituna o la bellota por ejemplo. Lo mismo se dice allí a aprovechamiento de los retales por los guarros chicos.

conocemos de quienes incluso transportaban la carga en alguna bestia, yendo a fincas lejanas, de otros pueblos incluso. Cuando se trataba de ir lejos o de noche, eran los hombres casi exclusivamente los que salían y si no había mucha bellota caída llevaban varas que, al igual que algún cesto, podían dejar escondido en el campo a veces. Cuando se percataban de algún peligro también dejaban la bellota escondida y volvían por ella cuando la ocasión fuera más propicia.

La situación era tal que los grandes propietarios, además de contar con los servicios del guarda de la finca, contrataban cada año a guardas de bellota, jornaleros cuya única misión consistía en velar por que nadie robara bellotas. Estos guardas eran jornaleros habituales de las fincas, que podían tener relación con los trabajadores fijos de éstas. A veces podían hacer esta función intermitentemente algunos empleados de la explotación, como los mozos, cosa de la que sólo tenemos constancia en la zona occidental de la comarca donde el laboreo era menor. Entre las funciones de los guardas de la finca y los guardas de bellota estaba también la de tirar cohetes para espantar a los bandos de palomas torcaces, que mermaban las montaneras.

Sobre todo en los años de más miseria, en grandes fincas había destacadas parejas de la Guardia Civil para intentar atajar estos hurtos. Los dueños de las fincas habían de pagar una cantidad por este servicio, sustanciado también en el alojamiento y la manutención de los guardias civiles. Todo ello evidenciaba una vez más la alianza del poder político y los latifundistas en defensa de los intereses de la gran propiedad y frente a los trabajadores.

“La Guardia Civil antiguamente estaba puesta por el capital, no por los pobres, pa defender el capital. La Guardia Civil ha sío siempre, se lo he oído yo decir a gente que sabe mucho y que ha leído mucho, que la inventaron el capital pa salvar al capital, a ellos, ¡¡el chico qué va a ser mirao por la Guardia Civil!!!. Si caía como te digo un comandante de cuerpo bueno, pos hacía vista gorda. Y así sigue, porque hoy pa escuchar a un chico, escuchan a un grande primero, no ha cambiao mucho. Luego, en esos cortijos tenían puestos los guardas aparte, unos eran juraos y otros no, decían que eran pero no eran juraos, el que era juramentao pos tenía el derecho de denunciar sin testigos como la Guardia Civil, pero había al que le decían “pon ese guarda ahí y a guardar la finca”, y estaban na más que pa eso, pa dar vueltas y guardar la finca. Que me veían a mí, ellos no podían denunciar, pero venían al cuartel a decir fulano y fulano ha estao haciendo esta faena. Te llamaban a careo y lo primero que era es, que entonces se usaba eso, a pegarte y a declarar.”

H. R., Cv.

“En las fincas había en toas guardas. Guardas de bellotas no... entonces el guarda era la Guardia Civil, porque como entonces el rico era el que mandaba, bueno, manda siempre, pero entonces llegabas al cuartel... si la finca era grande, ahí en la Vicaría siempre había una pareja de guardias civiles montá a caballo. Llegaba el tío al cuartel o a la comandancia de fuera, “Mira, que yo necesito una pareja de guardias civiles porque es que me quitan la bellota”, “Na, na, se te manda y ya está”. El tío tenía que pagar desde luego, en la Vicaría tenía que pagarle al tío algo, tenía una pareja de guardias civiles que eran los

que se encargaban de guardar la bellota. Y por ahí si te veían a ti que tú no tienes encinas ni tienes na, te veían con una mochila de bellotas, cogían, te las quitaban y te llevaban a la cárcel.”

“De aquí iba la gente a la Vicaría porque es mu grande y allí cabía to el mundo, como decía el otro, si la Guardia Civil se va por aquí, cuando le das la vuelta a la finca tardas un día. Y le daba tiempo, se metían en un valle, allí se agarbaban. Entonces la Vicaría estaba también de monte llena y, claro, si sentías los caballos te metes en una matorrera y estás allí un rato y pasa la guardia y se acabó, que no es como hoy que está limpia.”

B. N., CI.

Aunque ilegal, el robo de bellota no era considerado por las clases populares un delito, sino una necesidad de quienes no tenían otro recurso. De esta consideración de la necesidad como circunstancia atenuante o eximente participaban asimismo otras gentes de los pueblos, incluso propietarios de fincas, sobre todo pequeñas, que llegaban incluso a comprar esa bellota. En todo ello hay que tener en cuenta varias cuestiones. Empecemos diciendo que coger bellota en el campo, en ciertas grandes fincas, era la continuación de una práctica habitual para las gentes de los pueblos hasta la Desamortización. Muchas de las grandes fincas donde se corriqueaba habían sido hasta no hacía tanto tiempo tierras comunales de los pueblos, en las que las gentes habían cubierto durante siglos algunas de sus necesidades de aprovisionamiento de bienes de diverso tipo. La Desamortización, la privatización drástica, les privó de todo ello y entre las clases populares este proceso se vivió como una usurpación. El caso más emblemático de la zona quizás sea el de los vastos territorios de la dehesa de Calilla, en la que las Cinco Villas (Montemolín, Monesterio, Fuente de Cantos, Medina y Calzadilla) tenían mancomunados los pastos y que desde las faldas de la calereña Sierra de Tentudía, cogía tierras de Monesterio, Pallares y Santa María, hasta buscar a Puebla del Maestre. En la práctica del corriqueo a buen seguro pesaba esa antigua tradición de uso comunal. Por otra parte, como ya hemos apuntado, el componente de necesidad y la consideración del latifundismo como un sistema socioeconómico injusto y lacerante hacía que el robo de bellota fuera tanto una forma de conseguir recursos para un mínimo de subsistencia como una expresión de los valores de las clases trabajadoras. Al igual que la caza furtiva o la apropiación de leña, el corriqueo era una de las formas de resistencia cotidiana de los trabajadores frente al poder latifundista, una de las *armas del débil* en la línea de las prácticas estudiadas, entre otros, por historiadores británicos como Hobsbawn o Scott (Scott, 1985). Los hurtos se producían en grandes fincas y no eran de cualquier cosa, sino de bellota.

“Te tenías que meter por muchos sitios, sitios que tú no debías de meterte, pero la necesidad te obligaba. Es como el que iba antes a Mejía o no sé dónde y iba a por un cuartillo o dos de bellotas, lo cogían, le pegaban una paliza y la bellota, que no la quieren hoy ni los guarros, pero como era mucha necesidad, la hambre. Lo mismo con las cabras, que el pobre que iba a robar, que hoy se



roba sin ninguna necesidad, porque hoy si vas a robar vas con una camioneta pero antes ibas andando, padres que tenían cuatro o cinco hijos, pos figúrate tú”

B. J., Fc.

En efecto, el robo de otras producciones no forestales, cual sería el caso del ganado o las cosechas, estaba muy mal visto por los trabajadores. Aunque se daban algunos casos de robo de aceitunas, las gentes suelen responsabilizar de ello a vecinos de otros pueblos (evidencia de lo reprobable del hecho), e insisten en que eso estaba muy mal visto. La aceituna, además, está asociada con la pequeña propiedad y es un cultivo. En todo ello pesaba la consideración de la bellota como algo que el campo da espontáneamente, como fruto de las encinas, que no son cultivadas, no son fruto del trabajo o el gobierno de los dueños, sino que la naturaleza las cría.

La consideración tolerante hacia esta práctica no se sustancia sólo en su aceptación como legítima y en su práctica por los jornaleros, sino también, como hemos dicho, en el hecho de que gente no trabajadora de los pueblos la comprase, incluso propietarios de cierta enjundia. Los empleados de las fincas, incluso los propios guardas y, sobre todo, guardas de bellota (jornaleros y con una identificación menor con la finca), con frecuencia hacían la vista gorda hacia los belloteros o, caso de cogerlos, los podían dejar ir sin más, una vez entregada la bellota. Lo mismo sucedía con algunos grandes propietarios que incluso a veces les dejaban llevarse la carga pidiendo que no volvieran más o incluso, cosa extrañísima pero constatada, quedándose con la bellota tras pagársela al corriquero. No obstante, como hemos dicho, no faltaban las denuncias y palizas y era temido el hecho de ser conducido al cortijo, a veces por el dueño o el guarda a caballo.

“El chico tenía siempre menos [bellota], iban a las fincas más grandes, del pueblo p’abajo, no iban a quitarme a mí, que yo tengo una cerquina que yo lo tenía aquello apurao. Ahí mismo me acuerdo yo que en esa finca que hemos estao, Buenavista, se quedó una vez de arrendatario uno que estaba de consejero con Franco, le decían ...Sebastián García Guerreo. Se quedó con eso, con la montanera que era de don Ángel Esteban la finca. Entonces vino al pueblo y avisó a la Guardia Civil “que esa finca la había arrendao la montanera”, un tal Sebastián Guerrero. El cabo avisó a los corriqueños más famosos y les dijo “no quiero que me cortéis en Buenavista ni una bellota, eso se ha quedao fulano con eso de arrendatario, en los demás sitios yo no quiero saber na”. O sea, que hacía la vista gorda, porque si te cogían te metían en la cárcel, te quitaban la carga, porque dinero no te podían llevar porque no había un duro. Sabían que robaban por necesidad porque aquí había cabos que eran buenos y otros más malos en aquella época. Vino uno que le decían Carvajal, me cago en la madre que lo parió, que era más malo ..., se cargó aquí un padre y un hijo na más que porque le quitaron una cebá a uno ahí, a palizas en el cuartel de la Guardia Civil. Eso era después de la guerra. Luego cogió unos guardias civiles casi tos jóvenes, que le ayudaban a hacer esas barraganás. Era un tío más serio... con un bigote, pero al que entallaba..., entonces había mucho de eso, to

eso es verdad y si lo oyen<sup>18</sup>, como no es mentira... y, claro, a ese no le quitaron ni una bellota, el tío era un pez gordo.”

H. R., Cv.

El caso contrario, criticado por los trabajadores que lo cuentan, era el de la insolencia de algunos belloteros, que siempre se dice que eran de otros pueblos, como nos cuentan en Santa María y también en Fuentes:

“Los de Fregenal eran más malos que... .Luego por aquí no, ni de Segura, ni de Arroyo, ni Cañaverál, Hinojales...Eran los cumbreños y los de Fregenal, en particular los de Fregenal, la madre que los parió, qué malos eran, te quitaban las bellotas y te hacían apañar. Tú ibas allí y si los cogías apañando tenías que ayudarles a apañar.”

B. J., Fl.

### **2.2.1.3. La saca del corcho**

Uno de los procesos de trabajo más singulares y limitado a zonas y fincas muy específicas era el de la saca del corcho o corcha, como también se le llama por la comarca. La saca reportaba unos significativos ingresos para las fincas y también para unos trabajadores muy especializados, los *sacaores*, ya que los jornales de saca eran los más altos de todos los de la dehesa, debido al alto precio del corcho y a la habilidad y conocimiento que se requería para la extracción del corcho. La singularidad de este proceso para las fincas era aun más acentuada dado que constituía un momento señero que no tenía lugar habitualmente sino cada nueve años aproximadamente y generaba un movimiento en las fincas y unas formas de vida muy características. Pero vayamos por partes.

El corcho que recubre el tronco del alcornoque es uno más de los mecanismos que desarrollan las especies vegetales mediterráneas como respuesta a las singulares condiciones climáticas de este área del planeta. Se trata de una capa de células muertas que sirve como aislante térmico y es también una defensa frente al fuego, para el que se dan condiciones propicias en contextos mediterráneos. Al invertir gran parte de la energía en la creación de esta capa, la producción de alcornoque en fruto y ramas es menor que la de la encina. Las gentes del Mediterráneo han sabido de las muchas aplicaciones del corcho y han ido conformando los alcornoques, artificializándolos mediante podas de formación y procesos de saca hasta darles la forma y características convenientes para conseguir una producción periódica de corcho, acumulando conocimientos acerca de la capacidad de regeneración de esa capa.

---

(18) Referencia a la grabación.

Como hemos visto, se iba guiando los árboles desde que eran rebollos, arbustos, para conseguir fustes lisos que diesen planchas rectas, además de dejar lisos también los tramos inmediatamente posteriores a la cruz, que también producen corcho. Saca tras saca se iban *resubiendo* también las zonas de las que se sacaba el corcho. El asunto fundamental de todo ello era extraer las planchas de corcho sin dañar la casca, la delgada película de fibra que queda bajo el corcho y que recubre el tronco, pues entre la casca y las otras películas que envuelven el tronco se desarrollará la nueva capa de corcho, en un proceso conocido como suberificación. Fue precisamente el interés que antaño tuvo la casca, por su composición química, la que hizo que se destruyeran muchos alcornoques buscando casca para las fábricas de curtidos. Además de otros usos como material aislante o materia prima para artesanías o actividades diversas (por ejemplo colmenas, elaboración de enseres, etc.) la demanda de corcho experimentó una gran auge con el desarrollo de la industria champañera primero y luego de embotellado de vinos, a partir sobre todo del siglo XVII por el uso del corcho como tapón (Zapata, 1983 y 1986). Esta demanda supuso el desarrollo de la saca del corcho primero en las regiones mediterráneas de Francia, después en Cataluña y finalmente en el suroeste ibérico. En España, el desarrollo de las industrias del corcho se dio en Cataluña, de tal manera que Extremadura se limitó a ser mera suministradora de materia prima sin transformar o escasamente transformada, ciñéndose en los más de los casos al proceso de cocción de las planchas.

Como hemos visto, además de ese proceso de conformación de los árboles, el cuidado para una buena producción de corcho suponía la realización de las labores culturales en la dehesa que, aunque no fueran orientadas específicamente al corcho, favorecían sus producción y calidad. Nos referimos al laboreo de la tierra, al desbroce de matorral y a la poda. En el laboreo había que observar no remover el suelo en años inmediatamente anteriores a la saca, al igual que había que evitar las talas en años inmediatamente anteriores y posteriores a ésta.

Los años agrícolas, la climatología, eran un elemento importante pero impredecible para la producción de corcho y algunos hablan, sin poder concretar, de la influencia de otros factores, como las lunas.

“El que estén unas franjas más anchas que otras depende del tiempo. Si ha venío con mucho agua, crece esto más [...]. Además, esto también tiene sus lunas, el corcho tiene sus lunas. Eso se ve mu pronto, ésta<sup>19</sup> es más ancha que la otra, es por una luna que ha cogío el árbol. Una luna llena. Ahí estoy más dudoso, pero esto es una luna que ha cogío el árbol.”

D. A., Mn.

Además de los buenos o malos años climatológicos y del laboreo o beneficio del árbol, un factor primordial que incidía sobre la calidad del corcho eran las enfermedades y plagas, como el pasmo, chancro carbonoso, con característica capa blanquecina, producido por un hongo (Montoya, 1988:241), la culebrilla (*Coraebus undatus*) o el morito *Crematogaster scutellaris*, una hormiga que podía

---

(19) Mostrando las franjas de un trozo de corcho.

hacer daño a los *descorchaores*.

“Le cae la palomilla que es blanca, el pasmo que es todavía peor, la culebra que hace polvo el corcho y la madera. La culebra es un bicho como una lombriz ¿y cómo la lombriz puede hacer la regadera en la madera tan dura,? y luego la coges con el deo y tiene la cabeza blanca, y se cría en los alcornoques en el terreno de jorgazos, no donde hay jara. El jorgazo es el peor monte pa el alcornoque, crían culebras y dañan el corcho. Por donde va la culebra va cortando, es una lombriz con la cabeza gorda y cruza de un lao a otro el alcornoque. Si hay jorgazos en una finca hay muchas cuando vas sacando y con la misma hacha le cortamos la cabeza, pero si se labra esa maleza del árbol, la pierde poco a poco si no salen los jorgazos. Se conoce donde está la culebra cuando llegas al árbol y te das cuenta que tiene una manchita blanca con un agujerino que está dando caldo, pos ahí está la culebra metía.”

“El corcho tiene el poro natural suyo y uno de tierra, y el de tierra es malo. Yo lo veo al árbol acercándome a él, y el que no sabe tiene que sacar un cuadrado. Sacas la plancha y la ves lisa como todas, pero la dejas al sol y a los tres días le haces así, la sacudes y se hace la corcha como un colaó . Hay que vigilarlo porque no interesa comprarla así.”

“[También está] La polilla, que le decíamos nosotros corcoma y no es corcoma.”

D. A., Mn.

La producción corchera ideal de un alcornoque solía comenzar hacia los 25 años. El primer corcho que se saca a los árboles y a los rebollos se llama bornizo, y era de poca calidad. Se sacaba para que en las siguientes sacas se diera un buen corcho. Las gentes del lugar recuerdan que, en los tiempos más lejanos conocidos por ellos, este corcho no tenía uso alguno. Más tarde se empezaría a recoger, pues se molía para producir tapones o planchas de aglomerado, lo que dio lugar a una interesante economía jornalera en torno a él, como se verá. La corcha segunda era, cual su nombre delata, la de la segunda saca y, aunque de inferior calidad al corcho de primera, sí se comercializaba. Finalmente estaba el corcho refino, el de primera, que era el que más se buscaba y pagaba. Dentro de él había diferentes calidades, tanto por calibre como por textura y regularidad de las planchas. El corcho podía ser más fino o más basto y el de mala calidad se llamaba pedré. Los conocedores del tema podían saber la calidad del corcho a través de diversos medios:

“Cuando se saca, se queda blanco el árbol y luego, cuando llueve, se pone colorao y va engordando poco a poco y se van viendo los años. La jienda<sup>20</sup> la lleva siempre en el mismo sitio por sacar tantas veces y cortar por el mismo sitio. Cuando se saca ahora, si se te va la hacha una mijina, el mismo día no lo ves, pero cuando lo calienta el sol a los seis u ocho días ves que se ha levantao una mijina, como si le hubieras hecho daño al árbol, y es de donde sale la

(20) La Jienda (hienda, de hendir, suponemos) es la línea o raya que se traza en el corcho para poder desprenderlo. Al llegar a calar en el tronco, también se puede reconocer en él y en la nueva capa esa línea.

jienda. La jienda no puede estar nunca blanca hasta que el corcho no tenga nueve años, está siempre colorá, desde que se saca hasta los nueve años, o sea, que el que entienda de árboles no necesita sacar calas pa saber los años que tiene. Y en el medio de la jienda cría como una mijina de conchinas blancas, como barbas y ya tiene nueve años. Si a los nueve años no se le pone blanca, el alcornoque tiene el corcho malo y desde que nace se sabe que va a ser bueno o malo. Si el bornizo se ve que está colorao completamente, el alcornoque lo puedes arrancar porque va a ser malo y si nace y tienen como blanco, es bueno.”

“El bornizo pa su saca depende del terreno, hay alcornoques con nueve años y ya se puede sacar por que es así<sup>21</sup>, y otros con cinco años no miden ni dos cuartas.”

C. B., Cv.

Los relativamente altos precios del corcho, la fácil comercialización, hacían tremendamente untuosos los beneficios de la producción corchera. Los jornales, a pesar de ser los más altos de los que se pagaban en la dehesa, eran bajos en relación con los beneficios. El coste de producción del corcho se limitaba al proceso de saca pues las otras labores que requerían los árboles (laboreo, desbroce o poda) se hacían orientadas a fines múltiples con los que compartiría teóricamente los gastos. Pero, como veremos, a veces el corcho generaba ingresos sin ni siquiera costes de saca, pues la corcha se vendía a un comprador que corría con esos gastos.

Este tipo de prácticas se explica sobre todo por lo discontinuo de la saca en cada finca concreta. En efecto, la saca se realizaba cada nueve años y, aunque en alguna finca de enormes dimensiones pudiera haber más de una saca en ese periodo, porque hubiera varias hojas de saca, no era lo frecuente. Por ello, cada nueve años los dueños habían de comenzar de nuevo todo el proceso, tanto de extracción como de comercialización, sin haber estado todo ese tiempo metidos en el negocio del corcho y sus avatares, en relación con compradores y cuadrillas. Por ello, era más operativo vender la corcha en el árbol y desentenderse. De todas formas, ya hemos visto cómo en la economía de la dehesa no era extraño que los propietarios se desentendiesen de ciertos procesos para dejarlos en manos de terceros, como el caso de las aparcerías en la labor, la elaboración del carbón o el arriendo de montaneras. En todo ello no hay que ver necesariamente desidia o absentismo, sino que a veces primaba un criterio rentabilista, capitalista, como apuntan Naredo y Martínez Alier para el caso del cultivo ( Naredo, 1977, Martínez Alier, 1968). En cualquier caso, había fincas, y no pocas, en que era la propiedad quien realizaba directamente el proceso.

Para comprar el corcho en el árbol había que aforar la producción, aunque de una vez para otra se podía saber más o menos los quintales que podía dar una finca. El comprador directamente, o alguna persona experta por él mandada, podía

---

(21) Rodea el aire con sus brazos.



Hacha para saca de corcho

hacer ese cálculo visitando la finca y llegar a un acuerdo con el dueño.

“[la saca] era por cuenta del comprador, valía un precio si tú lo sacabas por tú cuenta, pero como no se entendía esas cosas, pos siempre se delegaba en ellos que eran los que sabían eso.”

A. J., Fl.

Cuando un comprador se quedaba con la corcha en el árbol el acuerdo solía consistir en que era él quien contrataba a los trabajadores. En cualquier caso, al comprador le era más fácil contratar las cuadrillas, pues todos los años estaba dedicado a ello, solía buscar a las mismas cuadrillas de un año a otro. Las cuadrillas tenían así también una cierta seguridad, aseguraban trabajo, aunque tuvieran que desplazarse a lugares distantes de sus pueblos, allá donde el comprador se quedase con la saca de una finca. El comprador estaba al tanto de los mercados y de las redes de comercialización y se podía mover mejor que el dueño en todo ello. El dueño se encargaba de la supervisión de la saca, de evitar que se cortase en exceso o, incluso, que no se sacase lo correcto y suficiente, por ejemplo cuando los precios no fuesen muy buenos y al comprador no le resultara tan interesante sacar corcho de determinadas partes del árbol, de algunos árboles o de ciertas zonas. De vigilar todo ello, así como de evitar daños por las hachas, se encargaba el guarda de la finca durante la saca.

Sin embargo podía haber modalidades concretas en virtud de las cuales la propiedad podía correr con el pago de ciertos trabajos, por ejemplo el de acarreo con bestias, bien de la finca o bien de arrieros. En otros casos, el comprador sólo ponía al *rajaó*.

“Si el comprador trataba que la tenía que juntar con sus bestias, con las del



Descorche

vendedor, pos la juntaba el vendedor. Los arrieros en el año 61 ganaban 225 pesetas la collera de bestias y el hombre. En estos casos el comprador le decía por ejemplo que lo pagaba a 9 pesetas [quintal]<sup>22</sup>, pero me lo tienes que juntar a cargaero de camión. Entonces el comprador llevaba su cuadrilla y el propietario con sus bestias lo juntaba al sitio donde quedaban, y no llevaba arrieros el comprador a aquella finca. Luego iba a otra finca y compraba y le decía, te pago una peseta menos y yo lo junto y el comprador buscaba las colleras de bestias que le hacían falta, y el se encargaba. Con arrieros y sin ellos valía peseta más o menos el quintal. Más veces llevábamos los arrieros en la cuadrilla, entre nosotros, pero en Monesterio la costumbre es arrimarlos ellos a cargaero.”

C. B., Cv.

Otro tipo de acuerdo, más marginal, consistía en realizar la saca de bornizo a cambio del producto:

“Me dediqué un montón de años a comprar bornizo en tos los pueblos estos, con una cuadrilla de hombres. Me daban la finca a sacar por el bornizo, que lo llevaba a Sevilla a Aglomerados, que ya no existe. Entonces el alcornoque tenía más aseo y el corcho engordaba más. Daban la leña y el bornizo por el trabajo, porque los propietarios no lo querían sacar y entonces yo me quedaba con la corta por mi cuenta con treinta o cuarenta hombres.”

C. B., Cv.

(22) El quintal de corcho equivale a 46 kilos, 4 arrobas.

La saca debía hacerse en una época muy concreta del año, ni antes ni después. Ese tiempo era aquel en el que corcho se diese, es decir, se desprendiese con facilidad del tronco, para lo que debía haber una capa de células nuevas y blandas que hiciesen ceder las planchas. Además, tras el arranque debía existir una savia lo suficientemente densa y difícil de secar para evitar que se secase la capa madre. Eso no lo permitía la ligera savia de primavera. Se empezaba por tanto a principios de junio aunque a veces, en años de calor, se pudiese adelantar algo hacia mayo. Cesaría el descorche cuando ya no circulase la savia y se corriese el peligro de arrancar la casca. Además se había de dar tiempo a que, tras la saca, el árbol desarrollase una pequeña película que le protegiese del frío, por lo cual convenía terminar la saca a principios de agosto.

“Un año empezamos en mayo y tuvimos que dejar en Encinasola unos corchos viejos que había por medio de las tormentas. Las fechas de empezar siempre es el 1 de junio.”

C. B., Cv.

“El descorche, a cada nueve años. Se esperaba a junio y en agosto estaba ya el descorche hecho.”

A. J., Fl.

El que el corcho se diese condicionaba también el horario de la tarea, por lo que se buscaba hacer la saca desde primera hora, yendo de madrugada. La duración de la saca en cada finca dependía, obviamente, de la cantidad de alcornoques, llegando en algunos casos a dos meses de saca. En algunas fincas se requerían algunas labores previas a la extracción, como por ejemplo el desbroce, al menos bajo los alcornoques o por las vías por las se hubiera de transportar el corcho, en zonas de sierra y de mucha broza.

Ya para la saca concretamente, el comprador o el propietario contratava a las cuadrillas, con un manijero al frente que era el que buscaba a los hombres y dirigía el trabajo:

“Organizaba la cuadrilla un hombre solo. Ese estaba en la cuadrilla pero no era más que pa mandar: vámonos, vamos a agarrar, vamos a soltar...No hacía más que eso, andar de arriba p´abajo, siempre con la cuadrilla. Uno de aquí del pueblo, como a mí me han dicho muchas veces: ponte tú de manijero. He estao y yo he dispuesto y lo que yo he dicho se ha hecho y se acabó.”

“Los amos no le decían na, que le buscara los descorchaores: “fulano búscate los descorchaores, y mañana o pasao, dentro de cuatro días vamos a echar mano a descorchar”. Él le decía “ya está la cuadrilla prepará”. Había muchos que, lo que pasa, que no podían ver a muchos ni muertos [a los trabajadores], entonces tenía que ir él y rogarle al dueño pa que se lo llevara, porque los dueños decían “a fulano no quiero que te lo lleves a mi finca a descorchar” y venías y se lo decías al amo “cómo lo va a dejar atrás”. Y tener que decirle al tío que por favor que lo admitiera. Aquí ha pasao mucho de eso, pa trabajar hemos





Rajaó

tenío que ser especializaos tos porque es que siempre estaban mirándote debajo. Un hachazo mal dao que dieras ya estaban diciendo “aquel ha dao un hachazo mal dao”.

“Iba pendiente a ver si un hombre se cortaba o se caía o la corcha no era de la edad, porque hay corchas de mucha edad, de siete, de ocho años, de nueve, de doce, y lo peor es que la saques de ocho años que no te la quieren, de siete años menos, tiene que tener sus edad, los nueve años. De nueve p’arriba aunque tenga veinte años esa vale. El que no la entendía sacaba la de siete años. Había muchas veces que se juntaban gente que no... y no conocían la de ocho o la de nueve, porque se diferencian mu poco, tiene que ser un experto pa saber la edad que tiene, eso se nota ensegúa, en el hacha. Cuando uno da el golpe, si la hacha ha entrao ligero ya estás dudoso, la cortas, cortas un cacho, con tu navaja, y eso lleva sus años<sup>23</sup>.

D. A., Mn.

No en todos los pueblos que había alcornoques había cuadrillas o *descorchaos*. Así, en Santa María no había cuadrillas, sino que eran gentes de pueblos cercanos y con alcornocales importantes las que hacían la saca. En otros pueblos como Fuentes o Segura había algunos *descorchaos* o alguna pequeña cuadrilla. El mayor número de *descorchaos* se daba en Monesterio, Calera y Cabeza la Vaca. El descorche era una tarea que no podía realizar cualquiera,

(23) Se refiere a sacar una cala, un trozo para comprobar de qué corcho se trata, de qué año.

precisaba de aprendizaje y habilidad pues era difícil saber dar las rayas o hiendas, es decir, trazar a golpes de hacha una línea recta en el corcho y, además, calculando con tremenda precisión la penetración del filo del hacha, para no llegar a tocar el tronco y las capas protectoras del mismo. Se requería por tanto pericia y pulso, cosa que además sólo podía adquirirse en lugares donde hubiera tradición y trabajo continuo cada año en el corcho. La recompensa por ello eran unos altos jornales durante un par de meses.

En la cuadrilla, los *sacaos* o *descorchaos* iban acompañados también por *rajaó*, *juntaos*, *aguaos*, *rancheros* y *arrieros*, además de los encargados de apilar y pesar. Estas cuadrillas se desplazaban a las fincas, distantes muchas veces de sus pueblos o situadas en otros pueblos o comarcas, por ejemplo de la vecina sierra de Huelva o de Sevilla. También iban a nuestros pueblos *descorchaos* de localidades vecinas, como por ejemplo Santa Olalla.

“De Santa Olalla venían mucha gente y siempre traían aprendices, de aquí del pueblo ninguno y de Santa Olalla tres o cuatro aprendices. Como Suárez, que era el que llevaba la voz cantante ahí en Santa Olalla, y en cada cuadrilla metía un aprendiz. Suárez era el representante de la corcha, el que compraba toa la corcha por aquí, el comprador. Ese no hacía na si los dueños no querían [no metía aprendices], na más que compraba la corcha, mandaba su *rajaó* y su *pesaó*. Que tenía que mandar cuatro colleras más, pues cuatro que mandaba. Toa la corcha la compraba él, ni los de Fregenal ni nadie. Toa la corcha iba a parar a Santa Olalla, luego llegó una temporá que iba p’ aquí a la corchera, a Mérida, vinieron varias veces y traían lo mismo, su *pesaó* y su *rajaó* y ya está.”

D. A., Mn.

Cuando la distancia al pueblo era considerable, se quedaban en el campo, al aire libre, porque la estación lo permitía, en una suerte de campamentos donde tenían sus pertenencias y donde comían lo que preparaba el *ranchero*, que además se encargaba de estar pendiente de los *jatos* o *pertrechos*. Dependiendo de lo lejano, al pueblo solían ir en lapsos de tiempo más cortos o más largos, como una semana o quince días.

Los que más ganaban eran los *descorchaos* o *sacaos*, el *rajaó* y el *manijero*, que ganaba muy poco más. El resto de la cuadrilla recibía un sueldo bastante más bajo. La retribución era el sueldo en metálico exclusivamente, corriendo la manutención totalmente por cuenta de los trabajadores.

“Era siempre pagao en dinero el descorche. La siega, íbamos a segar, nos daban de comer, ya está, pero ahí no había de comer, era por cuenta to del obrero: “Señorito que vaya preparando la cuenta que tenemos que cobrar que vamos a casa tal día”, llegábamos a casa y te preparabas aquí, te vestías, subías p’ arriba, subía el *manijero*, en casa del dueño, y el *manijero* nos pagaba. Lo restante, al terminar, cada quince o veinte días el anticipo, no te lo daban to.[...] Se cobraba cuando se terminaba el trabajo, se acababa de descorchar y entonces entrabas a cobrar. Te daban un anticipo entre medio.”

D. A., Mn.

“Los pagos se hacían dos veces en la temporá, cuando empezábamos a trabajar cobrábamos cinco duros pa echar la cabaña: miaja de garbanzos, de papas, la botella de aceite ..., ave, pa quedarnos en el campo, y el manijero llevaba un dinero siempre consigo por si en el campo alguno le hacía falta pa comprar pan o algo y se le daba y se apuntaba en la lista hasta terminar. Liquidábamos pa la feria de San Benito, la víspera, el día 10 de julio, y cuando pasaba San Benito, que estábamos tres días de feria, íbamos otra vez a trabajar y ya no se cobraba hasta que no se terminaba la temporá, pero al que le iban haciendo falta perras se le iban apuntando y se las descontaba de su cuenta el manijero cuando llega la hora.”

C. B., Cv.

El proceso de trabajo es el que menos ha cambiado en la dehesa de los años cincuentas a la actualidad. Los *descorchaores* iban por colleras y lo primero que debían hacer era dar las rayas, trazar la línea de cortes para sacar las planchas rectangulares de corcho. Para ello utilizaban un hacha de perfil curvo, para facilitar la maniobra de sacarla del corcho hendido sin dañar.

“La hacha es de otra manera, no como con las que se tala. Va haciendo curva, más abierta que la de talar pa que entre el gavilán [las puntas] y no cale al árbol. Antes de llegar el gavilán llega el centro de la hacha. Si tienes que tenderte pa darle a la rama de arriba este llega, el gavilán pa sacar los pájaros<sup>24</sup> esos que te he dicho. Ésta es la única herramienta que he llevao yo siempre, luego ya se lleva una vara con una paleta hecha una vara larga y le das allá al fin del mundo.”

“El descorchaó tenía que amolar la hacha, unos antes de comer y otros después de comer. Tos los días dos veces y, si podías tres, tres. [...] yo llevaba en un bolsillo de atrás un cachillo molaera así y siempre la llevaba. La corcha embota muchísimo la hacha y lo que hace es dar y retorcer p’atrás y na más que le des un cachino refregón, sacabas la piedra y le dabas un refregón, ya entraba sola. La molaera es un cacho piedra chiquinina, cualquiera no, tenía que ser de huerta, piedra de huerta de esas gordas de los herreros. Eso lo traían de ahí de Zafra que hay muchas piedras de esas.”

“La hacha esta que yo tengo me la hicieron en Cala, aquí tampoco se hacían. En Cala me costó 20 duros, esta tiene más años que mis hijas. No está gastá. Que no se la he querido dar a nadie porque esa tiene que estar aquí conmigo hasta que yo ya cierre los ojos.”

D. A., Mn.

Como hemos dicho, lo fundamental es que no se hiriese el tronco y las capas que lo recubren, entre las cuales habría de tener lugar en años siguientes el

---

(24) Pequeños trozos de corcha que quedan sin desprenderse del árbol.

proceso de suberificación. De producirle cortes, aparecerían protuberancias en el tronco, bultos que harían que las planchas no se desprendieran bien y que, además, fueran irregulares.

Para desprender las planchas, una vez descrito el rectángulo con los cortes de hacha, se valían del cabo de estas, que era biselado, introduciéndolo entre el corcho y el tronco para hacer palanca. Para las planchas de la parte superior se valían de palos igualmente biselados, las *jurgas*, aunque algunos *descorchaores* nos indican que cuando ellos se iniciaron en el oficio aun no se usaban. Uno de los dos *descorchaores* de la collera se subía al árbol para dar las rayas y extraer el corcho de las partes altas, sobre todo del que quedaba en el cuello del árbol, que unos llaman aparejo y otros le dan algún que otro nombre, como por ejemplo decén. Este corcho era el último que se sacaba para que sobre él pudiera colocarse el *descorcha* ó sin resbalar. Primero se iban sacando las planchas de abajo, luego las de arriba, para lo cual el *sacaó* que estaba en el suelo debía ir tirando hacia abajo.

“Ese oficio se aprende pronto, el viejo le explica por dónde se corta, pero el árbol te lo va diciendo solo. Le dice por dónde va esta jienda que se conoce de la vez anterior en el árbol, una va a un metro de altura y ahí hay que dar despacito. Luego de cada trepá<sup>25</sup> viene a salir una a esa, y al medio le decían los antiguos el decén. Eso lo hace el que está abajo y el que está arriba por el mismo lomo de la rama si es medianita, por el mismo lomo le da un arraye y luego con la paleta lo empuja y las ramas caen enteras y el rajaó las traza.”

C. B., Cv.

“El corte del de arriba es igual que el de abajo, la hacha no puede colar, entre menos llegue al árbol, menos lo castigue, mejor. Hay que dar un corte en las ramas de arriba abajo, hasta la trepá donde se juntan las cuatro o cinco ramas que tiene el árbol. El corte, que llegue a la rama pero que no le haga mucho daño, porque a la corriente siguiente [la saca siguiente] se le nota enseguida los hachazos y eso está mu feo, y hay que ir castigando el árbol lo menos posible. Y el de abajo lo mismo, exactamente igual. El de arriba le hace la línea, el corte por los laos, dos cortes y tiras de ese cacho de corcha hasta el aparejo, a la otra igual hasta la trepá, a la otra igual, ... y una vez que están las cuatro abiertas pues tiras de ella p´abajo y luego va cayendo después de redondearlo por arriba. El de arriba ya ...con la paleta de la hacha lo vas defiendo y el de abajo tira que llega hasta la peana. El de la peana tira y como va enganchao con la rama de arriba sale to. El de abajo le va ayudando y sale toa entera. Nosotros no usábamos varas [jurgas], luego después estos años se ha usao. Antes, na más que la hacha y cuando no alcanzabas le tenías que añadir otra escalera, las dos porque si llevas una escalera chica, tan grande tampoco es, una escalera mediana, se le empalmaba otra escalera pa poder llegar arriba. Con esos palos que existen hoy no [hace falta escalera], porque esos tiene una paleta y alcanza. Es más chico que la vara de varear pero con su paleta, y sí que es mu bueno eso, yo he descorchao una vez con eso y le voy a decir que desde que eché mano a descorchar he tenío siempre en mi cabeza metío esa vara y nunca la he hecho, y siempre he dicho yo “ con un palo largo con una paleta se podía..”

(25) Donde empiezan las ramas.